

2018-07-01

Jonás ¿Podemos renunciar a la misericordia de Dios?

Juan Pablo Espinosa Arce

Universidad Católica del Maule, Chile, jpespinosa@uc.cl

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Espinosa Arce, J. P. (2018). Jonás ¿Podemos renunciar a la misericordia de Dios?. Revista de la Universidad de La Salle, (77), 135-150.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Jonás

¿Podemos renunciar a la misericordia de Dios?



Juan Pablo Espinosa Arce*

■ Resumen

El artículo busca realizar una lectura del episodio bíblico de Jonás. Asumiendo las nociones hermenéuticas y de diálogo con la psicología y la antropología de Eugen Drewermann, se busca que el lector pueda confrontar su vida personal y social con el personaje Jonás. La hipótesis de esta propuesta de lectura bíblica pasa por reconocer cómo los acontecimientos bíblicos pueden iluminar nuestra propia vida, no como cuestiones anacrónicas, sino más bien como situaciones existenciales cotidianas y siempre actuales.

Palabras clave: conversión, Jonás, misericordia, teología bíblica, vulnerabilidad.

* Licenciado en Educación y profesor de Religión, Universidad Católica del Maule, Chile. Magíster (Licenciado Canónico) en Teología Fundamental, Pontificia Universidad Católica de Chile. Académico instructor adjunto en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en la cual imparte Antropología Teológica Fundamental. Académico de la Universidad Alberto Hurtado, donde imparte Diálogo Interreligioso. Académico de la Universidad La República donde imparte Filosofía de la Religión en la Licenciatura en Estudios Religiosos. Correo: jpespinosa@uc.cl

*Cuando Dios entra en contacto con los hombres,
lo hace preferentemente en el marco de la historia
de la auto-interpretación del hombre, en su
actuación y en su existencia.*

Drewermann (1996)

Preludio

Hablar de misericordia puede resultar una cuestión “de moda”. De alguna manera todos tenemos alguna noción de lo que es la *misericordia*. Alguien ha actuado misericordiosamente con otro; hemos pedido la misericordia de Dios; participamos en el Jubileo de la misericordia convocado por Francisco hace algunos años. *Ser misericordiosos, pedir misericordia para otros y para nosotros, reconocer modelos de misericordia*. Pero también puede ser *huir de la misericordia de Dios*. Así como tenemos modelos de “héroes” como Jesús, también tenemos “antihéroes” en la Biblia, por ejemplo Jonás. En esta mañana de estudio bíblico y de una autolectura espiritual, leeremos esta historia —conocida quizás medianamente por varios o por todos— y nos preguntaremos si es posible huir de la misericordia de Dios.

Será una lectura *cuerpo a cuerpo* con el texto. No pretendemos analizar científicamente la historia de Jonás, sino que buscaremos que él nos hable directamente a nosotros, hoy, en nuestro contexto. Queremos que el texto sea *significativo* para nosotros. Por una cuestión de método de lectura, recurriré a algunas reflexiones que el teólogo y psicoterapeuta alemán Eugen Drewermann nos ofrece. Este pensador busca interpretar los textos bíblicos a partir de la llamada *psicología profunda*, es decir, la ciencia que estudia la vida interior del ser humano, las cosas que quedan almacenadas en nuestro cerebro y los recuerdos, las vivencias que condicionaron nuestro pasado, que definen nuestro presente y que nos permiten entrever el futuro.

En cuanto a la lectura bíblica, buscaremos de la mano de Drewermann algunas pistas para poder entender cómo un texto del pasado aún tiene validez

para nosotros, lectores del siglo XXI. Durante mucho tiempo la lectura bíblica se transformó en una cuestión meramente científica o intelectual, pero pasa por alto el impacto real que tiene en los lectores. Por ello sostiene Drewermann (1996):

Yo creo que en la Iglesia hablamos un lenguaje que está muy alejado de la vida real, que se ha empobrecido mucho por lo que hace a la belleza literaria, las imágenes y la poesía íntima, y que por lo mismo se ha vuelto incapaz de influir en el alma de los hombres. Así las cosas, la falta de comprensión se sustituye muy fácilmente con el dirigismo de la moral y de la predicación, en el sentido de que “tú debes” y “tienes que”. Esto impone un sistema opresivo, que es perjudicial y que lejos de sanar produce neurosis.

Queremos, por tanto, realizar una lectura simbólica y antropológicamente situada. A juicio de Drewermann (1996), la interpretación bíblica se ha vuelto difícil. De hecho, él sostiene que “en el fondo ha pasado a ser un campo para especialistas, en el que difícilmente puede utilizarse en la escuela y en los púlpitos”, y esto ha llevado a la consecuencia de que los textos bíblicos ya no son leídos por los creyentes, muchas veces movidos por el *temor* de interpretar y de leer los textos. Aquí quisiera proponer un primer desafío: perder el miedo a tomar el texto y leerlo en comunidad. Es necesario *enfrentarse al texto* y descubrir cuál es el mensaje que los personajes de la urdimbre tienen en nosotros. Por ahí va el camino de una lectura desde la psicología profunda: cuáles son las imágenes, los símbolos, las texturas, los sabores, las experiencias de belleza o fealdad, la capacidad curativa y liberadora de la fe y de la Biblia que el texto va despertando en nosotros; en palabras de Drewermann (1996) por “las vibraciones más profundas”. Por tal razón sugiere:

Por ello propongo sin más que leamos tales textos como escuchamos a nuestro mejor amigo. Lo cual significa interesarse no por los hechos y datos, sino por los sentimientos que expresa; no por el curso de las acciones externas, sino por los motivos a los que obedecen, por su angustia, su necesidad, su esperanza, sus temores, por cómo se ve a sí mismo, por el porqué de lo que él hace y dice.

Con esto es necesario percibir cómo en nuestro caso Jonás será un compañero de camino para comprender cómo nuestra vida está en la disyuntiva de querer acercarnos confiadamente o de alejarnos cobardemente de la misericordia de Dios. El *viaje mítico* de Jonás que *desciende hacia la costa, toma un barco y huye de la presencia de Dios* puede ser tan nuestro así como su *levantarse de las profundidades del mar, ser vomitados en la tierra y anunciar a Dios en otra ciudad*. Finalmente, y en palabras del mismo Drewermann (1996), nuestro segundo compañero de camino:

Yo creo que deberíamos intentar identificarnos de una vez con lo que les ocurre a las personas que aquí se describen. Realmente solo se requiere que procuremos imaginarnos a las personas [en nuestro caso Jonás] de modo que con la identificación de su historia muy bien podría ser la nuestra.

Pero: ¿de qué manera vamos a leer el pasaje bíblico? Hay muchas formas o métodos para adentrarnos en el texto: podemos indagar en la formación histórica del texto, tratar de comprender —casi adivinar— qué habrá querido escribir y pensar el autor del relato, ver cuál es la estructura narrativa del relato, hacer una lectura orante de la Palabra de Dios. Los métodos son variados. Para efectos de este artículo, se buscará realizar una lectura *profunda del texto*, tratando de confrontar nuestra vida con la vida de Jonás, reconociendo símbolos, metáforas, colores, sonidos, texturas propias del texto. La historia de Jonás es como un “electrocardiograma” que va subiendo y bajando en intensidad, que se pone en relación con Dios, que busca huir de Él, que se pone en contacto con otros rostros, que se le encomienda misiones, que las rechaza, que las realiza.

Amanece en la vida de Jonás: *Levántate y predica en Nínive-bajó de la presencia de Dios y huyó a Tarsis*¹

Amanece en la vida de Jonás, del hebreo, del que cree en el Dios creador del cielo y de la tierra (cf. Jon 1,9). Y, como en la creación del mundo, el primer elemento es la *palabra que Dios dirige* a Jonás. Y se dirige a él en su contexto,

¹ Aquí se sigue la traducción de la *Biblia Latinoamericana*.

recuperando su biografía, su historia, su tradición: “la palabra de Yahvé fue dirigida a Jonás, hijo de Amittay, en estos términos” (Jon 1, 1). Dios hoy también nos invita a que “carguemos con nuestra historia”. La época histórica llamada *modernidad* invitó a que el ser humano se liberara de la tradición y de su pasado. Lo único que el ser humano tiene como seguridad es su presente y el futuro. Pero Dios rompe estos modelos de olvido de la historia, porque Dios es un Dios en la historia. Él contiene en sí el pasado, el presente y el futuro, de Jonás y el nuestro, ello representado en la expresión *Jonás, hijo de Amittay*. Luego de la presentación de los dos personajes centrales de la historia, Dios y Jonás, viene la presentación de la misión:

Levántate, vete a Nínive, la ciudad grande y predica contra ellos, porque su maldad ha subido hasta mí. Se levantó Jonás para huir a Tarsis, lejos de la presencia de Yahvé y descendió a Joppe, donde encontró un barco que salía para Tarsis. Pagó su pasaje y se embarcó para irse con ellos a Tarsis, lejos del rostro de Yahvé. (Jon 1,2-3)

Los simbolismos en el tema de la *huida* comienzan a manifestarse: Dios ordena que Jonás se levante. ¿De qué nos pide Dios que nos levantemos? ¿Es de nuestra comodidad? ¿Es de nuestra rutina? Levantarse —en el Nuevo Testamento— también se dice *resucitar*. ¿Estará Dios invitando a que Jonás resucite de su muerte?

Pero levantarse tiene una continuación: ir a Nínive, una ciudad grande, y predicar que la *maldad ha subido* hasta Dios. Levantarse para seguir caminando (ir). Y dirigirse a una ciudad. Nosotros somos cristianos en la gran ciudad, y vivimos nuestra fe en la dinámica urbana. Dios nos sale al encuentro en nuestro cristianismo urbano. Las prácticas de espiritualidad se juegan en esas dinámicas de cruce, de tránsitos, de experiencias ciudadinas. Y es una ciudad grande, como muchas de las nuestras, pero es una ciudad que tiene la maldad en su centro, y esa maldad sube, se levanta hacia Dios.

Jonás tiene la orden de subir, y la maldad sube. Los movimientos son llamativos en este relato. Y Nínive, además, era la capital del Imperio asirio. En 721 a. C., los asirios invadieron Israel y deportaron a varios de sus habitantes al

exilio. ¡Qué paradójica es la lógica de Dios! Envía al profeta a la capital del imperio enemigo. Un hebreo contra una ciudad grande llena de enemigos. Esta parte del relato nos hace pensar en otras dos ciudades: Sodoma y Gomorra, cuyo pecado también sube a Dios (cf. Gn 18,21), y también nos recuerda el episodio de Caín cuando mata a su hermano Abel, cuya sangre clamó a Dios desde la tierra (cf. Gn 4,10).

¿Cuál es el pecado de Nínive? El relato no lo dice. Podríamos aventurar muchas posibles respuestas. Pero si en esta lectura estamos tratando de entender la misericordia de Dios, quizás su pecado fue *no actuar con misericordia entre los ciudadanos*. Entonces: el ser humano también huye de la misericordia con su otro. ¿Estoy huyendo de la misericordia con mi hermano? ¿Ejerczo prácticas de misericordia efectiva y afectiva con los otros? Otra pregunta: ¿por qué Jonás no quiere ir a Nínive? Al comienzo del relato no se da una respuesta. Esta aparecerá sutilmente al final del relato. Nuevamente muchas opciones de respuesta pueden aparecer. Lo que sí es efectivo es que *tampoco Jonás actuó con misericordia*.

Jonás se levantó, pero no para ir a Nínive, sino para “bajar a Joppe, tomar un barco, partir a Tarsis y huir de la presencia de Dios”. *Presencia* podemos cambiarlo por el concepto de *rostro*. Jonás quiere evitar el rostro de Dios, quiere evitar encontrarse cara a cara, historia con historia. Quiere diluir la relación con el Otro. Este huir o esconderse de Dios nos recuerda a Adán cuando en el huerto originario también se ocultó de Dios:

Oyeron después la voz de Yahvé Dios que se paseaba por el jardín, a la hora de la brisa de la tarde. El hombre y su mujer se escondieron entre los árboles del jardín para que Yahvé Dios no los viera. Yahvé Dios llamó al hombre y le dijo: “¿Dónde estás?” Este contestó: “He oído tu voz en el jardín, y tuve miedo porque estoy desnudo; por eso me escondí”. (Gn 3,8-9)

¿En qué momentos de mi vida me he escondido de Dios? ¿Qué significa huir de Dios? ¿Cuáles son nuestras huidas hoy?

Continúa el texto bíblico:

Pero Yahvé envió un fuerte viento sobre el mar, causando una tempestad tan grande que el barco amenazaba hundirse. Los marineros tuvieron miedo y cada uno invocaba a su Dios. Después echaron la carga del barco al mar para sacarle peso. Jonás, mientras tanto, había bajado al fondo del barco y dormía profundamente. (Jon 1,4-5)

El viento de Dios sobre el mar. El original hebreo dice: “la *ruah* de Dios sobre el mar”. *Ruah* es el femenino para decir “espíritu”. Nuevamente vemos las relaciones con otros textos: “En el principio, cuando Dios creó los cielos y la tierra, todo era confusión y no había nada en la tierra. Las tinieblas cubrían los abismos mientras el *espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas*” (Gn 1, 1-2). Con el mar que sustenta a Jonás no aparece un aleteo suave: hay una tormenta, un fuerte viento, casi como el fuerte viento de Pentecostés: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido, como el de una violenta ráfaga de viento, que llenó toda la casa donde estaban” (Hch 2, 1-2).

Dios llena todas las cosas, y cuando las llena lo hace con fuerza, pero es una fuerza en la ternura y la misericordia. La debilidad y la fortaleza de Dios se van mezclando: envía un fuerte viento pero que no hunde el barco. Dios desbarata pero no destruye. Dios desarma pero invita a reconstruirnos. Pero ¿y Jonás? Duerme en el *fondo del barco*. Al comienzo del relato Jonás bajó a Joppe, de ahí a Tarsis. Ahora sigue bajando hacia lo más profundo del barco. *Huyendo de Dios, Jonás ha iniciado una bajada existencial. Su vida ha bajado hasta lo más bajo de las posibilidades que tenía.* Jonás cree que en la bodega del barco Dios no puede encontrarlos. Quizás —pensó— he logrado escapar de la *misericordia de Dios*. Los marineros invocaban a sus dioses. Jonás, sin saber qué pasaba más allá de su comodidad, duerme. Ni siquiera invoca a Dios porque ha huido de Él y cree que ya no podrá encontrarlo. ¿Hemos bajado alguna vez hasta las bodegas de nuestros propios navíos? O ¿estamos en la superficie pidiendo a Dios que detenga la tormenta? Cuando vienen los vientos fuertes, ¿estamos dormidos o nos afanamos en colaborar para que el barco resista?

Luego viene un largo diálogo entre el capitán, los marineros y Jonás, a quien lograron despertar y exigen que se levante (cf. Jon 1,6). Dios también había pedido a Jonás que se levantara, ahora el capitán del barco repite la orden. Y luego viene el interrogatorio, porque por suertes descubrieron que Jonás era el causante —casi sobrenatural— de la tormenta (cf. Jon 1,7). “¿Cuál es tu país y de qué pueblo eres? ¿Qué es lo que has hecho?” (Jon 1,8). Y Jonás se presenta, uniéndolo su biografía al primer versículo del relato: “Soy hebreo y temo a Yahvé, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra” (Jon 1,9). De alguna manera, en medio de la crisis, confesamos a Dios, o a lo mejor *la crisis manifiesta algo de Dios, o Dios se cuela en nuestros discursos críticos*. Hay una relación interesante entre Dios y la crisis. Pareciera que Dios es la respuesta ante las preguntas. ¿Ponemos a Dios como respuesta a las grandes preguntas que los otros y la vida misma nos realizan? ¿Es Dios el sustento seguro de esas confesiones de fe? ¿Es Dios el centro de nuestra experiencia?

Continúa el texto con el diálogo entre Jonás y los demás marineros. Jonás reconoce que a causa de él ha sobrevenido la tempestad sobre el mar (Jon 1,11-12) y que la única solución posible es que sea arrojado sobre el mar. Al arrojar a Jonás, los marineros piden que Dios no les tome castigo por la acción realizada (Jon 1,14), oración que luego es confirmada por el cese de la tormenta (Jon 1,15). Luego de que la tormenta pasó, los marineros “ofrecieron un sacrificio e hicieron votos” (Jon 1,16) a Yahvé. Hasta aquí llega el primer momento del relato.

Jonás en el vientre del pez: *Jonás sigue descendiendo-Nínive queda en la lejanía-La misericordia de Dios desciende hasta las profundidades de lo humano*

Cuando Jonás es arrojado al mar, Dios no se olvida del profeta, y por ello “Yahvé ordenó a un gran pez que tragara a Jonás y Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del pez” (Jon 2,1). Al comienzo del relato veíamos cómo Jonás había “bajado” luego de escuchar la voz de Dios. Dios siempre habla en lo “alto”. Podemos recordar distintos montes altos en los cuales Dios se comunica con el ser humano: el monte Moria (con Abraham en el sacrificio de

Isaac), en el Horeb (en la vocación de Moisés), en el Sinaí (con la entrega de los mandamientos), en el Tabor (con la transfiguración de Jesús), en el Monte de los Olivos (primero en la agonía de Jesús; luego en su Ascensión), en el Calvario (en la muerte de Jesús), en el Sion (para el juicio final). Dios habla tradicionalmente en las alturas; y Jonás responde a esa llamada alta bajando hacia la costa. Hay un juego de contraposiciones que también puede expresar nuestra vida: los momentos altos, los bajos; cuando rehuimos de Dios bajando; cuando queremos dejar a los otros más debajo de lo que están. Por ello el viaje de Jonás es mítico. Por ello muestra también como una radiografía de nuestra propia existencia.

Y ahora Jonás sigue bajando: lo arrojan por el barco (baja al mar), y luego sigue bajando hasta la oscuridad del fondo de lo humano. Literalmente, *Jonás y su vida han tocado fondo*. Jonás, que intenta huir de la misericordia de Dios —de ir a Nínive y anunciar la conversión—, ahora toca fondo. Pero qué paradójica es la vida: cuando Jonás ya no tiene nada que ganar, incluso mucho que perder, ahí se acuerda nuevamente de Dios. Dice el relato:

Entonces Jonás oró a Yahvé, su Dios, desde el vientre del pez y le dijo: En mi angustia llamé a Yahvé y me respondió, grité desde el lugar de los muertos y tú oíste mi voz. Me habías arrojado en el abismo en el corazón de los mares y la corriente me cercaba [...] he sido arrojado de tu presencia [...] a las raíces de los montes descendí. (Jon 2,2-3;5-6)

Hasta aquí la oración muestra el movimiento de descenso de Jonás: lugar de los muertos, abismo, corazón de los mares, raíces de los montes. Jonás está por debajo de los vivos. Es más un muerto que un hombre vivo. La conversión pasa por reconocer la vulnerabilidad. Cuando experimentamos el dolor, el sufrimiento, la agonía, la muerte, ahí podemos hacer un cambio en nuestras ópticas y comprender que la vida humana se juega también en estos momentos de desesperanza. Con Jonás contemplamos una *espiritualidad de/desde la fragilidad, de la vulneración*. El teólogo Tony Mifsud (2004) recuerda que:

[...] la palabra fragilidad, que viene del latín *fragilis*, denota (define) algo que puede quebrarse con facilidad y, por tanto, subraya la necesidad del cuidado. En la experiencia cotidiana, cuando un objeto es calificado como frágil, suele indicar que se trata de algo valioso pero, a la vez, comporta el manejarlo con cuidado para que no se haga trizas. Aplicando esta palabra a la dimensión humana, se resalta, a la vez, el valor del ser humano y su ser necesitado, indigente y vulnerable. En otras palabras, el ser humano se va construyendo necesitado de los demás, y, por ello, constituye un proyecto de vida que se va tejiendo de acorde a condicionamientos externos aunque también de decisiones personales.

Jonás es frágil hasta el extremo: lo toman para calmar una tormenta (casi chivo expiatorio), lo traga un pez grande y necesita a Dios. Con la oración de Jonás entendemos que nuestra vida sin Dios quedaría reducida a un vacío existencial profundo y sin salida. Y si la persona no es creyente, pasa algo similar: sin el otro/sin los otros, terminamos cayendo en la apatía, en la monotonía, porque *una vida vacía es una vida muy pesada*. Nuestra vida, como la de Jonás, necesita de la presencia de la misericordia de Dios. Por lo tanto, aunque pretendamos huir de su misericordia, ella siempre nos *sale al encuentro*. Y nos sale al encuentro en distintas situaciones: con un rostro conocido, con un acontecimiento denso en la vida, con una alegría o una tristeza. La misericordia de Dios no nos llega *inmediatamente*, sino que mediada a través de otros. Pareciera que Dios se toma el *camino largo* para modelarnos y permitirnos entrar en su dinámica de amor. Y por ello, cuando estamos en lo más bajo de la existencia podemos experimentar la altura de Dios que sobrepasa toda muerte, porque su amor “es más fuerte que la muerte” (Cant 8,6).

Luego, la oración de Jonás toma un carácter *ascensional*. Aparece el movimiento de subida en su oración. Dice el texto:

Pero me hiciste subir vivo de la fosa, oh Yahvé mi Dios. Cuando en mí se me desfallecía el alma, me acordé de Yahvé, y mi oración llegó a ti, a tu templo santo. Los que adoran los ídolos vanos abandonan la fuente de gracia; pero yo en acción de gracias te ofreceré un sacrificio y cumpliré mis votos. De Yahvé viene la salvación. (Jon 2,6b-9)

Todo en la segunda parte de la plegaria tiene características de altura, representada en la imagen del *templo*.

Jonás en su oración hace referencia al Templo de Jerusalén que está en el Monte Sion, en la parte alta. A Dios se le busca mirando hacia arriba, pero también encontrándolo abajo. Dios está tanto en el Templo de Jerusalén como también en el fondo del mar. La misericordia de Dios lo cubre todo, porque todo lo ha creado y porque la "fuente de la gracia" lo sostiene. Por ello, el que "abandona la fuente de la gracia" porque adora a los ídolos vanos (autosuficiencia, poder, violencia, encubrimientos, daños ecológicos, pecados sociales y personales) omite de su vida esa gracia que permite reconocer a Dios, porque en definitiva la gracia es Dios mismo dándose por entero al ser humano. La gracia permite que Jonás pueda subir de la fosa, pueda resucitar, pueda recuperar su dignidad marcada por el pecado.

Y porque la gracia de Dios resucita al ser humano, concluye el capítulo 2 del libro de la siguiente manera: "Entonces Yahvé dio orden al pez y este vomitó a Jonás sobre la tierra" (Jon 2, 10). Ahora todo viene en movimiento de subida. La gracia y la misericordia de Dios nos levantan del polvo y nos invitan a escribir una historia nueva. Un nuevo día amanece sobre la vida de Jonás. ¿Estamos dispuestos a amanecer nuevamente?

Jonás sube del mar porque Dios le dirigió su llamado: *encuentro en Nínive-conversión de todo un pueblo-nuevamente vemos la misericordia de Dios*

Decíamos que el movimiento existencial de Jonás va en subida. El gran pez escupió a Jonás en tierra firme. Pareciera que ahora lo líquido ha sido superado por lo firme. De hecho son varios autores contemporáneos que han indicado que lo líquido es una señal de la época que vivimos. Uno de ellos es el sociólogo polaco Zygmunt Bauman (2017), que en su obra *Modernidad líquida* sostiene:

[...] la fluidez como una metáfora regente de la etapa actual de la era moderna. En lenguaje simple, todas estas características de los fluidos implican que los líquidos,

a diferencia de los sólidos, no conservan fácilmente su forma. Los fluidos, por así decirlos, no se fijan al espacio ni se atan al tiempo [...] los fluidos no conservan una forma durante mucho tiempo y están constantemente dispuestos a cambiarla.

Buena parte del relato de Jonás aconteció en lo líquido, en lo que es fácil de cambiar y modificar. Lo líquido es maleable, cambiante. Pero ahora estamos nuevamente en tierra en la seguridad, en el terreno que nos da tranquilidad. En la orilla de la playa comienza la historia, o recomienza, porque desde la orilla Jonás se embarcó en un viaje de muerte. Ahora Dios lo pone de nuevo en la costa. Dice el relato: “por segunda vez, la palabra de Yahvé llegó a Jonás. Y le dijo: Levántate y vete a Nínive, la gran ciudad y anuncia lo que yo te diga. Se levantó Jonás y fue a Nínive, como se lo había ordenado Yahvé” (Jon 3,1-3). Ahora la misión toma el cariz que nunca debió haber perdido. Ahora Jonás se levanta no para huir de Dios, sino para seguirlo. Por ello decíamos que el movimiento desde esta parte del relato comienza a ser en subida. Se sube hasta Dios porque Dios bajó a nosotros.

La conversión se lee en una gramática de subida. Los verbos del capítulo 3 de Jonás así lo indican. Cuando Jonás anuncia que la ciudad será destruida (Jon 3,4), todos los ninivitas creyeron en la palabra de Dios y “ordenaron un ayuno, y se vistieron de saco, desde el mayor al menor” (Jon 3,5). Pero todos realizan la acción en virtud de que el Rey lo realiza. En las culturas antiguas el rey era modelo de las acciones que el pueblo debía realizar. Dice el relato “la noticia llegó hasta el rey de Nínive, *el que se levantó* de su trono, se quitó el manto, se vistió de saco y se sentó en cenizas” (Jon 3,6). Así como Jonás se levantó para huir —o para ir— a/de Nínive, el Rey también se levantó y se sentó en un proceso de conversión. Se sube y se baja. Bajándose se experimenta la ceniza, lo frágil, lo fácil de destruir. En la ceniza comprendemos que somos polvo (cf. Gn 3,19) y que experimentamos la necesidad de convertirnos.

El rey de Nínive realiza una proclama:

Hombres y bestias no comerán ni beberán nada. Que se vistan de saco y clamen a Dios insistentemente. Que cada uno se corrija de su mala conducta y de sus malas

obras [...] Al ver Dios lo que hacían y cómo se habían arrepentido de su mala conducta, se arrepintió él también de sus amenazas y no los castigó como los había amenazado. (Jon 3,7-10)

Con esto se muestra el cómo de la actuación de Dios. La misericordia de Dios actúa incluso sobre los enemigos de Israel. Nínive era la capital del Imperio asirio, del imperio que había invadido el país. Este es un mensaje políticamente simbólico: Dios no es funcional a los intereses de Israel, y por tanto no es funcional a nuestros propios intereses. Dios actúa más allá de nuestras *lógicas nacionales, incluso eclesiales*. La misericordia actúa gratuitamente. ¿Estamos en condiciones de experimentar esa gratuidad de Dios? O ¿mantenemos a Dios como un recurso funcional a nuestras propias proyecciones?

¿Por qué estás enojado?: El enojo de Jonás-la necesidad de dejar a Dios ser Dios-la misericordia no es funcional a nuestra comprensión de la misericordia

Entramos así al último momento de nuestro relato. Si Jonás había comenzado a subir y a comprender que la misericordia de Dios lo había afectado a él mismo, la salvación de la ciudad —y frente a sus lógicas nacionalistas— había sido un duro golpe a su ego. Y porque su ego está dolido comienza a recriminar y a narrar nuevamente todo lo que él había pasado. Parece que tenía razón de no haber querido ir a Nínive: “Ah Señor, yo tenía razón cuando estaba en mi casa. Es precisamente por esto que traté de huir a Tarsis. Yo sabía bien que Tú eres un Dios clemente y misericordioso, paciente y lleno de bondad, siempre dispuesto a perdonar” (Jon 4,2). Si el relato de Jonás se mueve entre los contrarios, entre los acentos y modulaciones paradójicas, esta confesión de fe es claro signo. Jonás reconoce la excesiva misericordia de Dios, pero a pesar de dicha bondad Jonás recrimina. ¿No le basta a Jonás saber que Dios es misericordioso en teoría y no le basta haber visto que la misericordia de Dios se realiza concretamente?

Pero es tanto el dolor de su ego, y sus añoranzas de la comodidad de su casa, que desea la muerte (Jon 4,3). Pero ante su deseo de muerte —que

anteriormente en el pez había dado gracias de que Dios no lo olvidó (inuevamente los contrarios!)—, Dios lo interroga: “Jonás ¿crees tú que tienes razón para enojarte así?” (Jon 4,4). Dios interroga. Desde la primera página de la Biblia lo hace. Las preguntas de Dios son punzantes, hacen que el ser humano recapacite, discierna, piense sus posibilidades. Pero Jonás no responde y sale hacia el este de la ciudad para ver lo que sucedía (Jon 4,5). Llamativo que Jonás se ubique en el este. El este es el lugar del nacimiento del sol. Pareciera que el autor del relato quiere invitar a los lectores a experimentar lo nuevo. Jonás no responde. Jonás solo sale, y sale sin que nadie se lo ordene. Es el juego de la libertad humana que no compite con la misericordia divina, y de la misericordia divina que no aplasta la libertad humana. Pero la misericordia divina sí necesita de la naturaleza y de lo creado para manifestarse.

Jonás entonces arma una cabaña para ampararse (Jon 4,5). Y como la misericordia de Dios va más allá del enojo de Jonás, el primero hace brotar una planta de ricino “que creció por encima de Jonás para dar sombra a su cabeza y así calmarlo de su enojo. Jonás se alegró mucho por la planta” (Jon 4,6). Nuevamente Dios interviene para tranquilizar al enfadado Jonás. Pareciera que la cabaña que vimos en el versículo 5 no fue suficiente. En la cabaña vemos la autosuficiencia de Jonás. Pero faltaba la planta de ricino para que Jonás pudiera tener sombra. Es necesario, por tanto, que Dios también actúe —o que dejemos actuar a Dios y a su misericordia—. Nuestra vida, de alguna u otra manera, es cubierta por la *sombra de Dios* que nos cobija en días de calor, y nos da calor en los días más fríos.

Pero nuevamente vienen los problemas, porque Dios al día siguiente de haber puesto la planta, envió un gusano “que malogró la planta y la secó. Al salir el sol, Yahvé hizo soplar un viento caliente del este. El sol acaloró tanto a Jonás que éste se desmayó: se deseó la muerte y dijo: mejor es morir que vivir” (Jon 4,7-8). Nuevamente el ego de Jonás, y sus deseos de funcionalidad, son puestos a prueba. Ahora son los animales (el gusano) y los elementos (el viento y el sol) los que conspiran contra él. Jonás debe aprender que es parte de un gran sistema que está vinculado. Es necesario que aprendamos a vivir la interdependencia, que no estamos aislados, sino que hemos de vivir en comunión

con otros y con la creación. ¿Cuáles son realmente los intereses del profeta? ¿Cuáles son nuestros propios intereses hoy? ¿Cuáles los de la Iglesia?

Y frente a la protesta, Dios interviene preguntando:

¿Te parece bien enojarte por este ricino? Jonás respondió: sí, tengo razón para estar enojado, hasta el punto de querer morir. Yahvé le replicó: Te afliges por un ricino que no te ha costado trabajo alguno, y que no has hecho crecer, que en una noche ha nacido y en una noche ha muerto. ¿Cómo, pues, yo no voy a tener lástima de Nínive, la gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben distinguir el bien y el mal y gran cantidad de animales? (Jon 4,9-11)

Dios tiene la última palabra. Dios termina el diálogo que comenzó allá en la casa de Jonás y que ahora termina bajo el sol del este que quema y sofoca. Jonás se mantiene en su puesto de tener razón —o aparente razón— y que reclama algo que a él no le ha costado. Es la tentación de la autosuficiencia y de mantener una posición cerrada ante la misericordia de Dios. Y Dios pregunta para formar a Jonás y derribar sus pretendidos deseos y anhelos de funcionalidad. La misericordia de Dios es tanto para Jonás como para Nínive. Con Dios ya no existe la división de buenos y malos. Solo hay oferta de misericordia.

Breve síntesis

La experiencia cristiana, finalmente, debe aprender a recorrer el camino del despojo, de quitar nuestras imágenes y autoproyecciones funcionales de Dios. Finalmente, y en palabras del teólogo español Carlos Domínguez Morano (2005), “el itinerario de la experiencia cristiana, pues, parece responder a un proceso de progresivo despojo de las mediaciones que la hicieron posible, para abrirse gradualmente también a una realidad que, paradójicamente, se va descubriendo como misteriosa y amorosa a la vez”. En Jonás hemos aprendido a ver los contrarios de la vida: su huida y su regreso, su descenso y la subida, sus intereses nacionalistas y funcionales ante la excesiva misericordia de Dios que lo escucha en el fondo de la existencia y en los altos de la esperanza. De alguna manera nuestra vida es como la de Jonás. Por ello es bueno hacer estos

ejercicios de lectura bíblica en los cuales pongamos nuestra experiencia creyente en comparativo con la experiencia y el itinerario de estos personajes que, de alguna u otra manera, nos hablan hoy a nuestra realidad personal y eclesial.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2017). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Domínguez, C. (2005). *Experiencia cristiana y psicoanálisis*. Córdoba: Editorial Universidad Católica de Córdoba.
- Drewermann, E. (1996). *La palabra de salvación y sanación. La fuerza liberadora de la fe*. Barcelona: Herder.
- Mifsud, T. (2004). *Una espiritualidad desde la fragilidad*. Santiago de Chile: Ediciones Revista Mensaje.